

QUE NOS DICE HOY LA CIENCIA SOBRE LA VERACIDAD DEL RELATO HISTÓRICO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Los comienzos de la historia bíblica: un pacto y una promesa.

Cualquier estudio realmente serio sobre el Antiguo Testamento nos informará desde su mismo comienzo que bajo ningún punto de vista la Biblia puede ser considerada como un libro de historia. Sin embargo lo curioso radica en que hasta el día de hoy es casi imposible encontrar algún libro de historia, sea específicamente judía o universal, que de alguna manera, tácita o explícita, no asuma que los acontecimientos que en ella se relatan son en cierta forma el reflejo de sucesos que efectivamente ocurrieron. Y lo que es más importante, siendo la Biblia un pilar de la fe de las religiones cristiana y judía, esta interpretación de la misma como realidad histórica condiciona la mentalidad de decenas, quizá centenares de millones de personas, y alimenta indirectamente con ello buena parte de los conflictos que hoy tienen dramática realidad en zonas críticas del planeta.

Lo que en nuestra opinión influye fuertemente es que pese no ser un libro de historia la Biblia relata en forma muy convincente, por momentos con singulares y apasionantes detalles, acontecimientos que presuntamente se sucedieron en el pasado. El objeto de nuestro análisis será entonces el de verificar en qué medida las ciencias modernas confirman la veracidad de esa narración bíblica. Y adelantando desde ya una respuesta negativa, nos proponemos especular sobre cual pudo haber sido la verdadera historia del antiguo Israel y especialmente cuales pueden haber sido las razones para que la Biblia estructurara su relato de la forma en que lo hizo. Para ello creemos indispensable recordar así sea brevemente y quizás en forma muy esquemática la narración de los hechos tal como la Biblia los va realizando, lo que haremos en este y en los próximos tres apartados.

Casi en sus mismos comienzos el llamado Antiguo Testamento explica que hace unos cuatro mil años (y en lo que sería el actual Irak) Dios se le presentó a un individuo, Abraham, acordó con él un pacto y a partir del mismo le formuló una promesa. El pacto implicaba que Abraham y sus principales descendientes adorarían con exclusividad a ese Dios y seguirían estrictamente su ley. A cambio de ello de Abraham surgirían numerosos pueblos, pero uno de ellos en particular, los descendientes que tendría con su esposa Sara, heredarían una tierra llamada Canaan (aproximadamente lo que hoy llamamos Israel y/o Palestina, incluyendo quizá parte de la actual Jordania) donde vivirían y prosperarían en la medida en que cumplieran estrictamente con el pacto anteriormente mencionado.

El relato, contenido en el Génesis, el primero de los cinco libros de Pentateuco (la Torá), prosigue con los pintorescos detalles de la vida de Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob (Israel). Este a su vez tiene doce hijos, de los que emergen las doce tribus destinadas a mantener el pacto y ser depositarios de la promesa. El Génesis finaliza con la migración, en torno al año 1650 AC, de Jacob y sus hijos a Egipto, donde según la Biblia sus descendientes permanecerán por 420 años. El libro siguiente, el del Éxodo, es sin duda el más dramático: esclavizados por un Faraón los israelitas, **en número de seiscientas mil familias**, son liberados por su Dios a través de un enviado muy especial, el gran conductor y legislador Moisés. La liberación, el cruce del Mar Rojo, la persecución egipcia, la marcha de esa enorme multitud por el desierto durante cuarenta años (para que muriera

la generación nacida en cautiverio) la recepción de la Ley en el Monte Sinaí, son episodios de una historia sin duda conmovedores, y rememorados además cada año en la hermosa celebración de la Pascua judía (Pesaj). Los detalles por momentos minuciosos de esa larga y dramática travesía y de las leyes que deben regir al pueblo hebreo son descriptos en el resto de los libros del Pentateuco. En particular el último, el Deuteronomio, y que finaliza con el magistral relato de la muerte de Moisés contemplando desde lejos la Tierra Prometida pero sin poder alcanzarla, resulta para los historiadores de gran significación. Es un texto de un estilo, un espíritu, ideología y normas legales significativamente diferentes al resto del Pentateuco, y su visión muy similar a la de los libros que continúan la historia bíblica: por ello a partir de este momento se habla de una “Historia Deuteronomista”, que caracterizará el resto del relato del Antiguo Testamento.

La historia deuteronomista.

Es la historia que se extiende a través de los libros de Josué, Jueces, Samuel, Reyes, y se complementa con los libros posteriores al exilio babilónico: Esdras, Nehemias, y las Crónicas. Puede afirmarse que es una narración que tiene varios rasgos que denotan una clara unidad ideológica. En primer lugar resalta su carácter moral y determinista: la historia humana no es el resultado de una serie de casualidades, ni del accionar de algunos pocos y gloriosos héroes, ni de los caprichos o de los conflictos entre diferentes dioses, tal como es muy conocido que se postulaba en tantas otras culturas antiguas. Para la Biblia la historia, y la del pueblo hebreo especialmente, era el resultado exclusivo de la voluntad de su Dios (llamado YHVH en el texto), y esta voluntad con respecto al pueblo hebreo era a su vez una consecuencia directa e inevitable de la observancia que el mismo hiciera del pacto al que antes hemos hecho referencia. Si el pueblo lo infringía, especialmente a través de la idolatría, era violentamente castigado. Si se conducía por el camino recto y lo cumplía, era entonces recompensado.

En segundo lugar la responsabilidad de un pueblo era colectiva¹. Esto se evidencia ya desde los primeros capítulos de la Biblia, por ejemplo el castigo por los pecados de los habitantes de la Tierra que motivan el Diluvio Universal no discrimina a los eventuales justos que pudieran existir, ni siquiera se ampara del mismo a los niños o por ejemplo a los recién nacidos: todos ellos son, salvo Noé y su familia, eliminados de este mundo. El libro de Josué llama al exterminio de la totalidad de los por entonces habitantes de la Tierra Prometida, mujeres, niños, incluyendo su ganado. Fijaba por ejemplo taxativamente la Torá que las ciudades hebreas que cayeran en idolatrías deberían también ser exterminadas hasta el último de sus habitantes, sin excepción. En Sodoma y Gomorra solo la familia de Lot se salva de la destrucción.

En tercer lugar los castigos tenían además una eventual dimensión temporal. YHVH podía no actuar de inmediato, pero reservaba y guardaba su ira para castigar incluso hasta a la séptima generación descendiente de los pecadores. Nabucodonosor por ejemplo, además de quemar el Templo de Salomón, manda degollar a todos los jóvenes hijos del rebelde rey Sedecías frente a los ojos del mismo, ojos que luego son cegados con hierros ardientes. Y la Biblia como veremos explica tan

¹ Esto será modificado como veremos en ocasión del exilio babilónico.

tristes acontecimientos como la inevitable consecuencia de la infidelidad y terrible idolatría en la que había incurrido el rey de Judá Manasés, tatarabuelo de los infantes y bisabuelo del torturado rey².

Por último señalemos que en el relato bíblico la ira de YHVH nunca es presentada como definitiva, y siempre le termina ofreciendo al pueblo hebreo a través de muy diversos recursos y alternativas históricas la oportunidad de redimirse por medio del sincero arrepentimiento y vuelta al camino correcto. En este esquema y bajo esta ideología arriba enumerada debe interpretarse la historia deuteronomista que recopilaremos muy sintéticamente a continuación. El libro de Josué, que la Biblia sitúa en torno al año 1220 AC, implica una guerra relámpago plena de hechos milagrosos que permite a los israelitas, con la ayuda de YHVH, conquistar la Tierra Prometida y repartirla entre las doce tribus. El libro siguiente, Jueces, describe lo sucedido en los 200 años posteriores a la Conquista. Y se revela que la misma distaba de haber sido completa, y al no haber obedecido la orden de YHVH de exterminar a todos los anteriores residentes muy a menudo los israelitas bajo su instigación recaían en la idolatría y adoraban, por momentos con cultos perversos, a dioses ajenos. Se sucedían entonces los típicos ciclos deuteronomistas: castigo de YHVH a través de enviarles un pueblo represor, sufrimiento de Israel, piedad de Dios enviando un líder para redimirlos, y posterior vuelta a caer el pueblo en el pecado.

Los libros de Samuel I y II relatan con gran detalle la historia de los dos primeros reyes de Israel. El primero es el benjaminita Saúl, quien reina entre el 1025 y el 1005 AC. En un principio es exitoso, pero luego pierde el favor divino por haber decidido, en contra de las instrucciones de YHVH, respetar la vida de un rey al que tomó como prisionero de guerra. Muere por ello en la batalla contra los filisteos pero ya está listo su sucesor, David de la tribu de Judá, quien reinará gloriosamente desde 1005 al 970 AC. David es el héroe bíblico por excelencia, el favorito de YHVH, a quien la historia deuteronomista exalta a niveles supremos. Conquista Jerusalén la cual hace su capital, arma un ejército **de un millón trescientos mil guerreros**, y con el mismo y gracias al apoyo divino sus conquistas llegan del Éufrates al límite con Egipto (o sea incluyen partes del actual Irak, Siria, Líbano, Jordania, etc.). A tal punto se vuelve notable la figura de David que el Mesías para la Biblia debe descender del mismo, y hasta en el Nuevo Testamento los Evangelios se preocupan en detallar la ascendencia de Jesús hasta este victorioso rey nacido en la pequeña ciudad de Belén.

El libro de los Reyes comienza describiendo las singulares virtudes de Salomón, hijo de David, quien reinó en Jerusalén de acuerdo a la cronología bíblica aceptada de 970 a 931 AC. Y este consolidó el reino de su padre ya no con hazañas guerreras sino en virtud de su enorme riqueza y sabiduría. En su época, relata la Biblia *“en Jerusalén la plata era tan común como las piedras”*. Tanta riqueza, producto de los duros impuestos y de magníficas empresas comerciales y mineras, le permitió un vasto plan de obras públicas por diversas ciudades del reino, fundamentalmente en el Norte del mismo. Pero especialmente Jerusalén fue la destinataria de tanta opulencia: construyó el legendario y magnífico Templo para YHVH, y además su enorme palacio, ya que debía albergar a sus setecientas esposas y trescientas concubinas. Con todo la sabiduría de Salomón era incluso más notable que su riqueza, según el relato bíblico jamás existió un rey tan sabio. Los monarcas de todo el mundo lo visitaban para aprender de sus consejos, y pugnaban para ofrecerle sus hijas para que fueran sus esposas en su espléndido harén. Precisamente fueron tales esposas las que, siendo

² Manasés en cambio reinó casi cincuenta años y murió tranquilamente en su lecho.

Salomón ya anciano, condujeron al reino a la idolatría pues habían traído consigo dioses extraños a Jerusalén. El inevitable castigo de YHVH llegó luego de su muerte, cuando asumió su heredero. Las diez tribus del Norte, agobiadas por los impuestos, decidieron separarse.

La historia de dos reinos.

En los libros de los Reyes la Biblia va desgranando en paralelo la historia de ambos reinos: el de Israel en el norte y el de Judá en el Sur. El primero perdura desde 931 hasta 724 AC, en que es conquistado y disuelto definitivamente por el imperio asirio. Para el relato bíblico sus reyes no son más que una sucesión de idólatras y pecadores, algunos francamente malos pero otros absolutamente horribles, sobre los que por consiguiente recaen terribles castigos por la ira de YHVH. Se tiene la sensación a través de su lectura que cuanto más exitoso parece haber sido un rey en el norte, mayor es el odio con que la Biblia lo describe. Que tal reino pecaminoso haya perdurado con todo más de doscientos años tan solo se explica por la misericordia de Dios, que le da varias posibilidades de redención, y le permite incluso obtener importantes victorias. Pero finalmente la paciencia de YHVH se agota y envía al imperio asirio para destruirlo y llevar al destierro a las diez tribus del norte donde desaparecen definitivamente de la historia.

Con respecto al pequeño reino de Judá la actitud bíblica es diferente. Según su relato no todos sus reyes, descendientes de la estirpe de David, son transgresores, solo lo son aproximadamente la mitad de los mismos. Eso le permite subsistir más tiempo, hasta 586 AC, en que los caldeos encabezados por Nabucodonosor queman el templo salomónico, destruyen Jerusalén, y conducen a la elite dirigente al exilio. Particularmente notables y fundamentales para nuestro análisis resultan tres reyes: Ezequías (727-698 AC), Manasés (698-642 AC), y sobre todo Josías (639-605 AC).

Ezequías es quien según la Biblia emprende una reforma religiosa de gran magnitud, tendiente a eliminar las prácticas heréticas en su reino, y sobre todo a centralizar el culto en Jerusalén. Es precisamente su piedad y buen proceder, según la Biblia, los que salvan al reino de Judá de correr la suerte que por aquellos años sufriera como vimos el reino del Norte, si bien debió someterse al vasallaje del imperio asirio. **Pero son su hijo Manasés y el nieto de este Josías los personajes centrales de la historia deuteronomista. El primero es el gran villano de esta historia**, que no solo deshizo toda la obra de su padre sino que introdujo y fomentó la idolatría en el reino y persiguió con saña a los seguidores de YHVH, hasta provocar graves baños de sangre. Su nieto Josías en cambio fue su absoluta antítesis, el rey virtuoso por excelencia, que combatió y desterró hasta el menor vestigio de idolatría e impiedad, y su reinado fue absolutamente clave, como veremos más adelante, para interpretar el nacimiento, o la invención del pasado, del relato histórico bíblico. Dos versículos bíblicos sobre Josías los consideramos absolutamente reveladores por lo que los transcribimos a continuación (2Reyes 23:25/6): *“No hubo otro rey (Josías) antes de él que se convirtiera a YHVH con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, conforme a la ley de Moisés. Ni antes ni después de él jamás nació otro igual.”* Pero tanta virtud y piedad fueron inútiles, la Biblia prosigue implacable: *“Pese a todo eso YHVH no desistió del ardor que con su gran ira se había encendido contra Judá por todas las provocaciones con que Manasés lo había irritado. Y dijo YHVH: también quitaré de mi presencia a Judá como hice con Israel, y desecharé a esta ciudad*

que había escogido, Jerusalén, y al templo que yo había escogido para que mi Nombre estuviera allí”
Efectivamente eso ocurre, la Biblia nos informa lacónicamente y en un solo versículo que un faraón ascendió por la costa rumbo al norte y al intentar enfrentarlo el excepcionalmente virtuoso Josías el egipcio lo mató en Megidó. Y el resto era tan solo cuestión de tiempo, finalmente los caldeos destruyeron Jerusalén y al templo, y la elite del reino fue conducida al destierro en la entonces colosal Babilonia en torno al 586 AC.

Exilio y regreso.

Sobre el exilio y sus características nos informan los oráculos de algunos profetas, y se evidencia que distó de resultar una tragedia. Por el contrario los judíos prosperaron durante el mismo y consolidaron su fe en YHVH³, y cuando tuvieron oportunidad, especialmente cuando Ciro y los persas conquistaron Babilonia en el 538, comenzaron algunos grupos a emprender el regreso, bajo la soberanía y protección del nuevo y gran imperio. Es una época sobre la que se carece de información, salvo los discutidos y en parte contradictorios libros de Esdras y Nehemias. A través de los mismos se nos informa que los retornados estaban conducidos por un descendiente directo de Josías llamado Zerubabel y un Sumo Sacerdote de la estirpe de Zadoc⁴ llamado Josué⁵.

Lo que intriga y mucho es que al poco tiempo se deja de nombrar en la Biblia a Zerubabel y sin explicaciones la dinastía de David desaparece de la historia, proceso que se sospecha obviamente que no debió darse en forma totalmente pacífica. Pero la pequeña provincia de Yahud (más o menos dentro de los límites del antiguo reino de Judá, pero más reducida incluso) pasó a estar gobernada en lo civil por un gobernador persa, y en lo legal y religioso por los sacerdotes del templo reconstruido. Así sabemos que la encontraron doscientos años (333 AC) más tarde los griegos cuando bajo Alejandro conquistaron su vasto imperio. De los libros de Esdras y Nehemias surgen con claridad los conflictos que se generaron entre los retornados y aquellos israelitas que tanto en el anterior reino del norte como en el del sur habían permanecido ocupando la tierra. En el relato bíblico la discusión gira fundamentalmente en torno a la eventual pureza de los retornados en comparación con los locales, y el tema de los matrimonios mixtos y de la presunta idolatría de estos últimos es central en el debate. Posteriormente veremos que otros factores pudieron ser parte del enfrentamiento, y como los mismos pudieron verse reflejados en forma retrospectiva y simbólica en la posterior historia deuteronomista que ya hemos detallado. La historia bíblica se completa con los oráculos de varios profetas (que por razones de brevedad no analizaremos aquí) y las Crónicas, obra posterior al Exilio por lo general minimizada por estar muy centrada en el reino de Judá y haber sido escrita muy posteriormente a los acontecimientos que relata (y que inicia desde la Creación). De cualquier manera creemos que es notable por lo que omite: nada menos que la estadía en Egipto, la figura de Moisés, el Éxodo, la travesía por el desierto, etc.

Hasta aquí hemos sintetizado lo que creemos son los elementos relevantes del relato histórico bíblico, que como se conoce se mantuvo sin cuestionamientos ni discusiones significativas por

³ Este punto lo ampliaremos por su excepcional importancia al final de este trabajo.

⁴ Sumo Sacerdote en época de Salomón.

⁵ Acordamos con los que consideran significativo que coincida con el nombre del líder de la hipotética conquista de Canaan.

milenios. En el apartado siguiente recopilaremos con absoluta brevedad los elementos de la ciencia moderna que lo fueron poniendo bajo crecientes interrogantes, hasta provocar una crisis que se dio en torno a la década del 90 del siglo pasado y que prosigue hasta la fecha.

Los aportes científicos.

En primer lugar contribuyó como gran aporte científico a la historia la exégesis bíblica. Desde ya mucho tiempo se fue haciendo evidente a los estudiosos de la Biblia que en la misma se superponían varias fuentes, que provocaban por ejemplo que un mismo relato se contara en ocasiones más de una vez, hasta tres veces, y en versiones incluso contradictorias. Existe hoy casi un acuerdo en sintetizarlas en cuatro fuentes (una de ellas ya la hemos mencionado, la deuteronomista), que claramente responden a períodos diferentes, pre y postexílicos, y con posibles orígenes en localizaciones distintas (reino del norte o del sur). Luego debe adicionarse y especular sobre el accionar de los diferentes grupos de redactores, seguramente con posterioridad al exilio, que combinaron y editaron todas esas fuentes, y sin duda intercalaron, mutilaron, censuraron, adicionaron materiales, etc. a los diversos relatos para acomodarlos a su ideología encaminada a acentuar la exclusividad de YHVH. El poder identificar todos esos orígenes y posteriores intervenciones se volvió fundamental para interpretar el espíritu, la ideología y posibles motivaciones de quienes estructuraron en cada momento la narración bíblica.

Otro aporte para los historiadores fue el de los economistas de las sociedades primitivas. Son los que estudiando los métodos de producción de cada época y la disponibilidad de recursos en forma de tierra, agua, etc. son capaces de calcular aproximadamente que cantidad de alimentos cada región estaba en condiciones de producir en cada momento y en consecuencia que población podía sustentar. Son desde ya cálculos muy aproximados, pero por lo general coinciden muy bien con los hallazgos arqueológicos. Y son fundamentales: si determinan por ejemplo, como lo hacen, que hacia la época del hipotético reino unificado de David en el Siglo X AC. tan solo podían sustentarse como máximo 50.000 personas difícilmente fuera sustentable un reino muy vasto y poderoso y mucho menos un ejército de 1.300.000 combatientes...

La contribución de la moderna antropología fue por su parte absolutamente fundamental para colaborar con los historiadores en reevaluar al pasado. Colaboraron en muchísimos aspectos en los que tan solo señalaremos el nuevo enfoque en la relación entre pueblos nómades y sedentarios, la multiplicidad productiva de los primeros, las condiciones que debe reunir una sociedad para adquirir una estatalidad plena que implique por ejemplo una monarquía, la forma de vincularse entre sí de sociedades tribales diferentes a través de la creación de un pasado mítico, los criterios de pureza y el ritual del sacrificio, etc. Esos enfoques se volvieron indispensables cuando los historiadores comenzaron a construir un pasado que se desligaba drásticamente del relato bíblico para encarar caminos alternativos.

Pero sin duda la contribución decisiva a la historia fue la de la arqueología, y la que revolucionó para siempre el enfoque del pasado. En primer lugar el estudio de la arqueología de los pueblos circundantes a Canaan, en busca de referencias escritas indirectas al pasado bíblico. Es que contrariamente a lo que uno pueda imaginarse conociendo el futuro, en el pasado las tierras bíblicas

estaban **notoriamente atrasadas desde el punto de vista cultural**. Por ejemplo la escritura ya hacía por lo menos dos mil años que había sido inventada antes de que apareciera en Canaan, y en primer lugar lo haría en el reino del norte. Aunque nos parezca increíble al leer la Biblia **solo doscientos años después de la muerte del legendario y tan sabio Salomón comienzan a aparecer en Jerusalén los primeros vestigios de escritura**, y esta solo se vuelve frecuente en el Siglo VII (entre el 700 y 600 AC). Las inscripciones monumentales, tablillas o papiros ubicadas en los países vecinos a Canaan son por ello importantes por lo que dicen (a veces confirman sucesos que la Biblia recuerda como las expediciones guerreras de algún faraón) sino también o sobre todo por lo que omiten. Cabe preguntarse por ejemplo si es factible que durante ochenta años efectivamente existieran los tan poderosos reinos de David y Salomón, pero que los mismos jamás estén mencionados, ni siquiera indirecta o así fuera peyorativamente, en ninguno de los escritos de ese siglo en los reinos vecinos. Otro ejemplo: en Egipto, pese a la intensa búsqueda de casi dos siglos y de la inmensa cantidad de escritos allí disponibles, jamás se ha encontrado el menor rastro de la ocurrencia de un Éxodo al menos remotamente similar o que evocara siquiera lo descrito en la Biblia. Es más, los documentos hallados en Tel Amarna parecen por el contrario indicar que tal suceso era completamente imposible.

La arqueología israelí, ya en lo que fue la tierra de Canaan, pudo dar un paso muy importante a partir de 1967. Comenzó una ardua tarea de cubrir todo el territorio en busca de rastros arqueológicos del pasado, comenzando por el Bronce antiguo y finalizando en la era bizantina. Al culminar esta monumental tarea se ha podido confeccionar un utilísimo mapa que para cada era o siglo revela con bastante aproximación los lugares poblados, su configuración, y la posible población sedentaria resultante. Los huesos de animales que estudian los paleontólogos permiten inferir la existencia y eventual magnitud de la población nómada en cada momento. Estos hallazgos se interrelacionan, como hemos visto, con la economía para dar una respuesta bastante objetiva de la realidad poblacional de Canaan a lo largo de los siglos, y contrastan dramáticamente con el relato bíblico.

Por último la arqueología israelí pudo hacer uso de instrumental moderno que posibilita una datación cada vez más precisa, como asimismo a partir de 1967 especialmente tuvo acceso a zonas del Sinaí que le permitieron, a veces frenéticamente, buscar los rastros del éxodo por el desierto. Por ejemplo el oasis de Kadesh, donde según la Biblia la multitud de israelitas pasó más de treinta y ocho de los cuarenta años, fue excavada profusamente, así como sus alrededores y buena parte de la Península. Se encontró tan solo una notable fortaleza, pero recién del Siglo VII AC. En cuanto a la época del Éxodo bíblico (1220-1260 AC) y tal como lo comenta algún arqueólogo: *“Ni la más mínima prueba de actividad humana. Ni siquiera un mísero cascote dejado en Kadesh Barnea por alguna banda en fuga de refugiados asustados...”* Asimismo y profundamente desalentadores en torno a la veracidad del relato bíblico resultaron las hipotéticas construcciones de Salomón en el norte (Meguidó, Gezer, Jazor) que durante largo tiempo eran presentadas como prueba de la que la Biblia describía hechos reales⁶. La nueva datación ha demostrado que son muy posteriores a Salomón, y ya no se duda que al igual que Samaria fueron obra de los reyes del norte, que la Biblia como vimos tanto abominaba. Asimismo se podría especular sobre qué fue lo que ocasionó el dramático

⁶ En el año 1958, cuando estudié durante un año en Israel, profesores y arqueólogos totalmente agnósticos nos presentaban tales excavaciones como la prueba de la verdad de la narración bíblica. Desde luego no creían en los hechos milagrosos, ni tampoco en las cifras exageradas, pero sí que en esencia la Biblia describía básicamente una historia real. Sin duda estaban entonces convencidos.

derrumbe de las murallas de Jericó...si Jericó hubiera tenido murallas. La arqueología ha revelado que no las tenía, como no las tenía, pese al relato bíblico, por entonces ninguna ciudad de Canaan. La segunda ciudad descrita en la Conquista, Ay, fue efectivamente una ciudad monumental, pero lo fue tan solo **mil años antes** de la fecha de la hipotética llegada de Josué. Asimismo se han descartado todas las otras supuestas señales de una Conquista relámpago o de cualquier otro tipo en torno al Siglo XII o XIII AC. El origen de los israelitas en Canaan debe buscarse en otra parte.

Pero lo fundamental quizá, y lo más elocuente, es lo que demuestran las excavaciones realizadas en Jerusalén. Y en época de David y Salomón (Siglo X AC) esta era tan solo una pequeña aldea de unas seis, quizá hasta un máximo de ocho hectáreas, cuya población en modo alguno podía superar los mil quinientos habitantes. Es obvio y más que evidente que lo descrito por la Biblia como la capital de un reino que se extendía desde el Éufrates al río en Egipto es meramente una descripción mitológica, sobre cuyas motivaciones especularemos más adelante.

En busca de una nueva historia del antiguo Israel.

Tal como lo mencionáramos la crisis que enfrentó a la narración bíblica con los hallazgos científicos se produjo en las cercanías del 2000, y podemos fijar su estallido cuando Finkelstein y Silberman escribieron su tan revulsivo libro: “La Biblia Desenterrada”, del cual hemos adoptado muchas de las ideas que en estas páginas se enuncian. Con dicha crisis los estudiosos se dividieron en tres grandes grupos. Un primer grupo sostuvo que su fe cristiana o judía se basaba en la Biblia y en consecuencia no podían aceptar nada que la pusiera en duda. A ellos se les unieron por muy obvias razones políticas vastos sectores nacionalistas calificables “de derecha” en Israel, y se los define en su conjunto como los maximalistas. En oposición apareció otro grupo que sostiene que la Biblia estructuró un relato sobre hipotéticos sucesos que ocurrieron muchos siglos, quizá milenios, antes de que fueran recogidos por escrito, para colmo en una época en que se vivía en promedio menos de 40 años. Además la Biblia fue escrita por redactores que para nada pensaban que era su obligación referir lo realmente ocurrido en el pasado, especialmente si tales hechos del pasado contrastaban con su ideología. Por consiguiente opinan, y tal como alguno de tales historiadores me lo ha comentado, que la Biblia debe ser dejada totalmente de lado si se quiere realmente “hablar de historia” pues solo sirve para confundir. Este grupo es definido como los minimalistas. Y entre ambos grupos existen como era de esperar numerosas variantes intermedias.

Para el propósito de este trabajo enunciaremos a continuación la teoría o quizá la conjetura predominante hoy en el campo académico sobre la probable historia del antiguo Israel y del origen y propósitos del relato bíblico. Comienza por establecer el hecho de que la arqueología demuestra que entre los años 1550 y 1220 AC el dominio de Egipto sobre Canaan era total. Lo consideraban una especie de “hinterland” que debía actuar como amortiguador frente a cualquier amenaza que viniera de los imperios del norte, en particular de la Mesopotamia o de la actual Turquía. Las ciudades en Canaan sometidas a tributo por el faraón estaban radicadas en su casi totalidad en la llanura costera o en el valle de Izreel (que cruza desde la costa el país hasta el Jordán), carecían de murallas, y eran las típicas ciudades estado del oriente. Un palacio y una burocracia regían sobre campesinos que trabajaban en su derredor algunas miles de hectáreas, en carácter de servidumbre o a veces de

esclavitud. Las centenares de cartas halladas en Tel Amarna en Egipto revelan más de una vez situaciones de grave tensión, la opresión impositiva de Egipto y de la burocracia gobernante provocaba conflictos sociales cada vez mayores, lo que ocurría en particular cuando las lluvias invernales eran escasas y amenazaba el hambre. Por su parte en las “tierras altas” (básicamente la actual Cisjordania, las colinas al norte de Jerusalén hasta el valle de Izreel y hacia el sur hasta Hebrón o Beer Sheva) se detectan para entonces fuertes huellas de nomadismo de tribus de cananeos. **Esas tierras altas, claves en la historia del antiguo Israel**, ya habían albergado en un pasado lejano y en dos ciclos diferentes poblaciones sedentarias por un par de siglos o más, pero por razones que se desconoce en ambas oportunidades las mismas se habían despoblado.

Se acepta hoy como muy probable que, como consecuencia de un cambio climático, un gran número de pueblos (probablemente de origen común con los griegos) en torno a los años de 1225 al 1175 AC se puso en movimiento quizá desde el Cáucaso hacia el sur, por tierra en parte y por mar a través del Mediterráneo. Esa invasión cambió totalmente al mundo de entonces: el imperio hitita desapareció barrido de la historia, al igual que las avanzadas y prósperas civilizaciones de Chipre y Creta. Egipto a duras penas pudo resistir la embestida de “los pueblos del mar”, y las batallas contra los mismos se reflejan como murales en alguna pared de sus templos. Las cartas de Tel Amarna revelan con claridad la desesperación de las ciudades costeras de Canaan, que se vieron totalmente desestabilizadas, y muchas fueron destruidas por el fuego, quizá también como consecuencia de sus problemas internos (pero al tiempo la mayoría se reconstruyó aunque en muchos casos con una civilización diferente, la greco filistea).

Los pueblos nómades de las “tierras altas” a los que arriba hiciéramos referencia, que antes seguramente obtenían por intercambio con las ciudades de la llanura los hidratos de carbono indispensables para su dieta, se quedaron por un tiempo sin poder realizar tales trueques, y se vieron obligados a volverse total o parcialmente sedentarios para producirlos ellos mismos (una conducta frecuente según los antropólogos). La arqueología precisamente nos revela que en un relativamente breve período, desde 1150 a 950 AC, el número de asentamientos sedentarios en las tierras altas había pasado a ser de menos de diez a más de doscientos cincuenta. Probablemente se hayan además unido a los mismos esclavos fugitivos de las ciudades costeras colapsadas. **Existe un alto grado de acuerdo hoy entre los historiadores que en estos asentamientos se encuentra el origen de los futuros israelitas.** No se trató de invasión alguna externa a Canaan: curiosa y paradójicamente, como lo comenta algún arqueólogo, el futuro pueblo hebreo tuvo su origen en los propios cananeos...

Como quizá siguió la historia...

En un principio tales asentamientos eran muy primitivos, casas iguales que demuestran una típica estructura tribal familiar y la falta de diferenciación de funciones. No se encuentran en ellos restos de armas, adornos, ritos funerarios, ni algún elemento que indique un grado importante de sofisticación. Luego los mismos se fueron complejizando, y siempre, por las posibilidades de producción (las lluvias son mucho más abundantes y la disponibilidad de valles más amplia), esos asentamientos se concentraron en lo que luego sería el reino del norte. Hacia la hipotética época del reinado bíblico de

David y Salomón implicarían a lo sumo y en total unos 45.000 sus habitantes, y solo un quince por ciento pertenecían al sur. No existe indicio arqueológico que indique que, cuando alcanzaron una estatalidad suficiente para convertirse en monarquías, alguna vez existiera algo similar a una monarquía unificada.

Luego del año 900 AC comenzó una era de notable progreso para el reino del norte, ya que tenía un producto que le permitió incorporarse fluidamente en el comercio internacional de la época: el olivo y su aceite, cultivo muy codiciado ya que no se daba ni en Egipto ni en la Mesopotamia, ni en Arabia. La arqueología permite observar como el aumento de la riqueza que le produjo a Israel ese comercio dio lugar a construcciones lujosas y monumentales, especialmente en su capital Samaria. Los reyes del norte mencionados en la Biblia aparecen también en las inscripciones de los pueblos vecinos, un rey asirio por ejemplo comenta que Ajab de Israel pudo movilizar contra él “dos mil carros de guerra y diez mil infantes”⁷, aunque sin duda exageraba. Queda en claro además por la arqueología que los reyes de Israel extendieron en algún momento su reino al valle de Izreel, a la por entonces poco poblada Galilea y a partes de la actual Jordania, y se estima que en el momento de su máximo esplendor pudieron alcanzar una población superior a los 250.000 habitantes, sumados todos los territorios incorporados.

Todo aumento de riqueza suele dar lugar a la desigualdad económica, y el reino de Israel no fue excepción. Dos profetas fueron particularmente críticos de la misma, Amós y Oseas. El primero especialmente estaba furioso con aquellos que pretendían seguir las leyes de YHVH pero solo formalmente: *“Escuchad vosotros, los que oprimen a los pobres y explotan a los indigentes. Los que piensan: ¿cuándo pasará ya el sábado para ofrecer grano y hasta el salvado del trigo? ¿Para achicar la medida y aumentar el precio? ¿Para comprar como esclavo (por pan) al hambriento, y al pobre por un par de sandalias?”* Y si bien es interesante (e insólitamente actual) la protesta social del profeta, nos informa además que en reino del norte se adoraba formalmente a YHVH (evidentemente era el dios nacional tanto del reino del norte como del sur, claro que junto a muchos otros dioses a los que rendían culto) y regían las leyes que obligaban por ejemplo a respetar el descanso sabático.

La propia riqueza y estratégica ubicación del reino del norte fue lo que causó sin duda su caída al despertar la codicia de un renovado y belicoso imperio asirio, que lo conquistó en 729 AC y lo anexó incluyendo un intercambio parcial de población con otras regiones, como era el método asirio para evitar posibles rebeldías. El reino de Judá fue tan solo sometido a tributo, está claro que por su envergadura no era demasiado interesante. Pero sin embargo lo que se observa a continuación es un impresionante aumento de su población, sin duda con refugiados del reino del norte. Triplica la misma en muy pocos años, y para el reinado de Josías en 639 a 605 AC ya Jerusalén se ha ampliado bruscamente y llega a superar los 15.000 habitantes. Es que durante los reinados de Ezequías y sobre todo Manasés también Judá desarrolló la tecnología del cultivo del olivo y la producción de su aceite y se integró a su vez al mercado internacional.

⁷ Una inscripción similar aramea en Tel Dan en la que el rey Jazael de Damasco se vanagloria de “haber derrotado a Jorán de la casa de Ajab (rey del norte) y a Ocozias de la casa de David” es hasta ahora el único y tan escaso testimonio histórico de la existencia real de David. El hallazgo implica que éste debió ser un guerrero importante para que unos cien años después de su muerte sus descendientes siguieran siendo recordados como “de su casa”, o sea de su dinastía. Desde luego ello no implica parecido alguno al relato mitológico sobre él contenido en la Biblia.

En ese contexto es de suponer que cuando Josías asumió el trono decidió optar por una doctrina probablemente novedosa, la calificada como “YHVH solo”⁸, y se propuso adoptarla estrictamente. Y en ese momento se produjo un extraño milagro histórico: el imperio asirio en un par de años implosionó y desapareció de la escena. Ello implicaba que el pequeño reino de Judá, que siempre había estado sometido y controlado por su vecino del norte Israel, o por los imperios que a este dominaban, de pronto y por primera vez se vio libre de enemigos. No solo eso: hacia el norte estaban “en disponibilidad” los territorios y el pueblo que habitaba el anterior reino de Israel, que compartía con Judá idioma, sin duda muchas tradiciones, leyes, y hasta un dios nacional. **La gran mayoría de los historiadores acuerda que en ese preciso instante, durante el reino de Josías en el Siglo VII AC, se comenzó a forjar la Biblia, tal como la conocemos actualmente.**⁹

Para promover su ideología y su expansión hacia el norte el reino de Josías estableció cuatro principios fundamentales que son ahora los inherentes al relato bíblico. En primer lugar y tal como lo hemos señalado se ordenó la adoración de YHVH como el único Dios¹⁰ para el pueblo hebreo. En segundo lugar se dejó establecido que los habitantes del norte y del sur eran en realidad parte de un único pueblo. Para ello se supone que se elaboró una historia, la que cuenta hoy la Biblia, en la que los muy probables distintos ancestros tribales (Abraham, Isaac, Jacob y los hijos de este) de quizá remotas tradiciones del norte y del sur fueron (como enseñan los antropólogos) ficticiamente emparentados y de esa forma incorporados a un pasado en común. En tercer lugar se estableció una única legitimidad para el monarca: la de descender de mitológicos reyes del pasado y de la tribu de Judá, y esos reyes eran David y Salomón. Para justificar esto se creaba como vimos otra nueva historia: la de un glorioso reino unificado que permitió una edad de oro al pueblo hebreo, y que se perdió por culpa de la idolatría. Y por último el libro del Deuteronomio (no los otros cuatro del Pentateuco) estipulaba taxativamente que en su momento YHVH establecería un único lugar de culto, que sería el templo en Jerusalén.

En este esquema es lógico que la historia deuteronomista fuera tan crítica con el reino del norte: este había violado el principio básico de la legitimidad al no descender sus reyes de David e implementar otros lugares de culto fuera del templo hipotéticamente construido por Salomón bajo instrucciones de YHVH. Sin duda la influencia e intereses sacerdotales de Jerusalén fueron decisivos para la inclusión, sin duda tardía y resistida, de este último aspecto fundamental del relato deuteronomista.

Reflexiones y elementos adicionales acerca de la historia bíblica.

El propio texto bíblico nos arroja innumerables pistas sobre su posible concepción inicial bajo el reinado de Josías. Por ejemplo en más de un lugar del mismo y **con ficticia antelación de siglos** se profetiza que llegará un rey con su nombre que destruirá altares en el reino del norte que se

⁸ No podemos por razones de brevedad desarrollar en este trabajo la evolución de la religión en el reino de Judá. Digamos que desde luego nunca fue “monoteísta”, este es un concepto que solo tendría cabida siglos más tarde. Pero es evidente que existía un grupo de sacerdotes e intelectuales, sin duda minoritarios, que sostenían que los hebreos debían adorar a YHVH con exclusividad.

⁹ Tan solo a mero título de ejemplo: esta es la hipótesis que se desarrolla en un largo artículo publicado en el tan reputado diario Haaretz de Israel en Julio de 2015.

¹⁰ De hecho en múltiples lugares y referencias arqueológicas se verifica que YHVH era por lo general considerado como el principal de un panteón de dioses, entre los que formaba parte su esposa Azera, sin duda una típica diosa de la fertilidad.

consideran heréticos. El mismo relato de los Patriarcas está plagado de anacronismos que también vuelven evidente que muy probablemente fue escrito en dicha época, o en sus cercanías temporales. Por ejemplo citaremos la mención de la caravana de camellos que se dirigía a comerciar a Egipto y a la que José, el hijo de Jacob, fue vendido por sus celosos hermanos como esclavo. Ello habría ocurrido según la Biblia en torno al 1700 AC, pero los paleontólogos nos demuestran que esos animales no aparecen por en Medio Oriente hasta el siglo IX AC, y fueron utilizados con intensidad para el tráfico comercial como el indicado en el Génesis recién en los Siglos VIII y VII, este ya el de Josías. Similares anacronismos abundan y se multiplican en las historias de Abraham, Isaac y Jacob, en las que se menciona a filisteos, idumeos, moabitas, amonitas, etc. Esos pueblos aparecieron y alcanzaron estatalidad tan solo siglos o a veces un milenio más tarde, en torno al Siglo IX o posteriores, con lo que es evidente que el relato sobre los mismos fue plasmado en una fecha mucho más avanzada, y en la que como vemos los anacronismos o no eran conocidos o no preocupaban.

El tan crucial relato del Éxodo contiene numerosos anacronismos similares que también apuntan a una probable elaboración en el Siglo VII de Josías. Kadesh Barnea se vuelve por ejemplo un importantísimo centro de caravanas durante el reinado de Josías, en la época del eventual éxodo estaba completamente deshabitada. Moisés se ve obligado a enfrentarse a pueblos y reyes que solo existirían siglos más tarde... Pero si bien la mitológica historia de los Patriarcas conducía muy probablemente y como vimos a generar la idea de un único origen común a los pueblos del norte y del sur, el objetivo del relato del Éxodo ya no aparece tan claro. Finkelstein y Silberman conjeturan que pudo deberse a una memoria histórica popular de los hicsos, tribu semítica que habría ocupado el delta del Nilo en torno al año 1600 AC, pero una hipotética “memoria histórica” que permanece de alguna forma por casi mil años nos parece muy forzada. También proponen la idea de que en tiempo de Josías Egipto claramente se oponía a la expansión del reino de Judá hacia el norte, y el relato de una mitológica gran victoria sobre un faraón con la ayuda de YHVH podía resultar muy motivadora, pero lo consideramos una explicación quizá demasiado compleja. El gran historiador italiano Mario Liverani en “Mas allá de la Biblia” de 2006 sostiene por su parte que la liberación del yugo egipcio se produjo en la propia Canaan, con la caída como vimos del control de los mismos sobre las tierras altas con la invasión de los pueblos del mar. El trasladar novelescamente estos sucesos al propio territorio egipcio, según Liverani, le agregaba especial atractivo al relato. Pero para él lo más importante de tales sucesos es el de “la invención de la Ley”. Al darle a las leyes de la Torá un carácter divino a través de su entrega al pueblo en la notable ceremonia al pie del Monte Sinaí se cumplía con el objetivo fundamental de asegurarse su permanencia y cumplimiento a través de las generaciones.¹¹

La mitológica e inexistente Conquista por parte de Josué también ha generado numerosos interrogantes sobre sus propósitos ideológicos. Para Finkelstein y Silberman parece indicar **el muy probable plan de batalla de Josías, o sea era en realidad una proyección hacia el futuro de lo** que Judá aspiraba a realizar. Liverani por su parte lo considera básicamente un relato postexílico, y revelador del grave conflicto entre los que permanecieron en la tierra de Canaan y los que retornaban. Estos últimos eran descendientes de los anteriores poseedores de la tierra, y sin duda reclamaron a sus actuales moradores su devolución, a la que seguramente estos deben haberse

¹¹ Existen muchísimas otras conjeturas e hipótesis diversas sobre las motivaciones del relato del Éxodo, que omitiremos aquí por razones de brevedad. Pero lo consideramos uno de los temas aún no claramente resueltos de la antigua historia de Israel.

negado rotundamente. Como vimos los libros de Esdras y Nehemias son una explícita expresión de tales conflictos, y según Liverani el libro de Josué no sería otra cosa que una matanza simbólica contra los usurpadores de sus tierras que se perpetraba en la imaginación de los exiliados, quienes fueron en última instancia los que vencieron y terminaron por escribir la historia.

Finalmente ya hemos visto que los fabulosos y tan invocados hasta el día de hoy reinos de David y Salomón constituyeron una típica Edad de Oro absolutamente imaginaria, proyectada en el pasado, destinada a dar legitimidad a una monarquía edificada sobre la base de los reyes de Judá, y al culto con exclusividad a YHVH. Cuando se cumplieron estas condiciones, implicaba el relato, el pueblo unificado alcanzó el máximo de su grandeza, posteriormente y por sus pecados el mismo pueblo la perdió. Tal como señala acertadamente Liverani la idea de un reino que se extendía desde el “Éufrates al río en Egipto” coincide geográficamente y con exactitud con la gran satrapía persa (de las varias en que se dividía el Imperio) y de la que formaba parte la pequeña, insignificante provincia de Yahud con capital en Jerusalén. Es muy difícil que tal similitud fuera casual.

Las claves del exilio babilónico.

Queremos finalizar nuestro análisis apuntando hacia un momento que consideramos históricamente clave, y no solo en la historia judía sino quizá para todas las religiones monoteístas. Cuando la elite de Judá (se estima unas diez mil personas) fue conducida al exilio a principios del Siglo VI AC, tuvo un comportamiento absolutamente inusual para la época. Por entonces cuando se producía una batalla se consideraba que en realidad tenían lugar dos combates: uno terrestre entre los ejércitos y uno cósmico entre los respectivos dioses de cada pueblo.¹² La derrota en la tierra era el reflejo de lo que ocurría en los cielos. Por ello el resultado del combate implicaba prácticamente siempre que el vencido reconociendo la derrota adoptara como propio al dios del vencedor. Podía conservar también al anterior y rendirle algún sacrificio, pero había quedado claro en quien radicaba el poderío cósmico. En este caso Marduj, que en su seno había asimilado al antiguo dios Asur, había sido un vencedor categórico sobre YHVH: Jerusalén había sido aniquilada, el templo destruido, el pueblo conducido al exilio. Todo parecía estar absolutamente claro, era a Marduj al que se debía honrar.

Sin embargo un conjunto de personajes sumamente carismáticos entre los exiliados¹³ apareció presentándoles a ellos un planteo realmente insólito: esta categórica desgracia no solo no revelaba la derrota de YHVH sino por el contrario era testimonio de su impar grandeza. Es que al igual que Asiria antes ahora Babilonia y todos sus reyes, incluso su dios Marduj, **fueron meros instrumentos de YHVH, meros peles para castigar a su pueblo, el judío, por sus horribles pecados del pasado. Y se agregaba, como siempre, que el castigo había sido tremendo, pero no era irreversible.** Si ahora el pueblo cambiaba y aceptaba en adelante seguir estrictamente las leyes de YHVH, este perdonaría, el retorno sería factible y Jerusalén y el templo serían reconstruidos.

¹² Es por ello que tan a menudo las imágenes o estatuas de dichos dioses eran llevadas al campo de batalla. Los asirios y caldeos invariablemente llevaban consigo como botín a esas imágenes de los dioses derrotados.

¹³ Podemos adivinar entre ellos a los profetas Ezequiel, Jeremías, y al segundo y tercer Isaías.

No podemos menos que admirar la audacia intelectual de quienes esbozaban tan insólitas teorías y pretendían ser creídos. Las mismas no solo parecen desafiar el sentido común y todo lo que se consideraba usual y lógico en la época, además se estaba planteando que la divinidad particular de un pequeño pueblo de unos cien mil habitantes manipulaba al Dios y los reyes de un imperio de decenas de millones de súbditos que se extendía por entonces desde el Himalaya al Mediterráneo y que era invencible en todas las batallas. Y para colmo se planteaba en Babilonia, enorme y multitudinaria ciudad de increíbles templos monumentales en homenaje a Marduj, frente a la cual Jerusalén debía parecer una minúscula e insignificante aldea...¿Como podían esperar aquellos líderes, por carismáticos que fueran, que sus exiliados seguidores lo creyeran?

Lo que es precisamente notable y asombroso es que esos seguidores lo creyeron, y podemos sostener que con esa creencia fue que realmente crearon una nueva religión y con ello cambiaron al mundo. Una religión inicialmente no muy sofisticada, pero destinada por la historia a ir recibiendo los aportes de la cultura babilónica, persa, de la filosofía griega y helenista, etc. y con su elaboración volverse la base de las tres grandes religiones monoteístas. Pero previamente debía resolverse un problema muy grave: si el principio de la responsabilidad temporal seguía vigente ¿de qué servía hacer el esfuerzo de honrar a YHVH y cumplir con la ley? A lo mejor algún ancestro había pecado gravemente y ya todo sería inútil, la ira de YHVH caería sobre su descendiente...Es por ello que en ese momento Jeremías y Ezequiel enuncian el fundamental principio de la responsabilidad individual: cada uno es responsable exclusivamente por sus actos. Jeremías lo enuncia claramente: *“Antes se decía: los padres comieron uvas verdes y los hijos sufrirán la acidez. Ahora quien come las uvas verdes será él quien sufra la acidez.”* Como se ve un enfoque ético absolutamente novedoso.

Pero es evidente que el nuevo principio albergaba en su seno un grave problema. De acuerdo al mismo YHVH recompensaría o castigaría a cada persona de acuerdo a sus actos, y en este mundo¹⁴. El Libro de los Proverbios por ejemplo refleja esta doctrina con total precisión. Este libro incita a ser bueno, solidario, justo, laborioso, para recibir la recompensa de YHVH. Sin embargo sabemos que el mundo no funciona tan simplemente; en él los “buenos” no necesariamente son recompensados ni los “malos” castigados. El quizá más inquietante de los libros bíblicos, el libro de Job, daba magnífica expresión a tan tremendas dudas. Quedaba para las religiones monoteístas algunos siglos más tarde incorporar las ideas mesiánicas, el Reino de los Cielos, el Juicio Final, la vida después de la muerte, etc., para resolver el dilema que se generó con la innovación de los líderes del Exilio babilónico.

Cacho Lotersztain

Septiembre de 2015

¹⁴ Debemos tener en claro que la idea de recompensas y castigos fuera de este mundo, tan importantes posteriormente para todas las religiones monoteístas, es absolutamente ajena a la Biblia hebrea.

